



CAPÍTULO UNO



Nueva ciudad, nuevo casino... y el mismo plan de siempre. El Casino Dusty Squanto de Arizona le facilitó las cosas a Tom Raines, pues ni siquiera tuvo que pagar para ingresar en el salón de Realidad Virtual. Entró con sigilo, se acomodó en un sofá en un rincón del fondo y recorrió con la mirada la multitud de jugadores, observándolos uno por uno. Sus ojos se detuvieron en los dos hombres que estaban en el otro rincón y quedaron fijos en ellos.

Ellos, pensó Tom.

Los hombres estaban de pie; tenían puestos los visores de RV y los puños, enfundados en guantes con sensores, apretados en el aire. La simulación de una carrera resplandecía en una pantalla elevada para quienes quisieran apostar por el resultado. Pero nadie apostaría en esa carrera. Uno de los hombres era buen piloto: recorría la pista virtual con la destreza de un jugador experimentado. El otro era lastimosamente malo; el guardabarros de su auto se arrastraba por el muro de contención de la pista, y los espectadores virtuales gritaban y se apartaban para esquivarlo.

El piloto vencedor lanzó una risotada de triunfo cuando su vehículo cruzó la meta. Se volvió hacia el otro hombre, con el pecho hinchado por la victoria, y exigió que le pagara.

Tom sonrió desde su lugar solitario en el sofá.

Disfruta mientras puedas, amigo.

Buscó el momento justo: esperó hasta que el ganador empezara a contar sus billetes, y entonces se puso de pie y se acercó con disimulo a su campo visual. Haciendo mucho ruido, Tom sacó uno de los equipos de RV de su caja; luego fingió ponerse los guantes al revés y por fin se los ajustó de manera que la tela y la red de cables encerraron sus manos hasta los codos. Por el rabillo del ojo vio que el piloto ganador lo observaba.

—¿Te gustan los juegos, muchacho? —preguntó el hombre—. ¿Quieres probar suerte?

Tom lo miró con ese aire de asombro e inocencia que sabía que lo hacía parecer mucho menor de lo que era. Aunque tenía catorce años, era bajo y muy delgado, y tenía tanto acné que, por lo general, la gente no lograba adivinar su edad.

—Solo estoy mirando. Mi papá no me deja jugar por dinero.

El hombre se pasó la lengua por los labios.

—Ah, no te preocupes. Tu papá no tiene por qué enterarse. Pon unos billetitos y tendremos una carrera de las mejores. Podrías ganar. ¿Cuánto dinero tienes?

—Apenas cincuenta dólares.

Tom sabía que no debía decir más que eso. Si decía que tenía más, el otro apostador querría ver el dinero antes de aceptar la apuesta. En realidad, tenía apenas un par de dólares en el bolsillo.

—¿Cincuenta dólares? —repitió el hombre—. Es suficiente. Es solo una carrera de autos. Sabes correr en auto, ¿no? —hizo como que giraba un volante invisible—. Es facilísimo. Y piensa en esto: si me ganas, vas a *duplicar* esos cincuenta.

—¿De veras?

–De veras, muchacho. Probemos –lanzó una risita condescendiente–. Te aseguro que si ganas te pagaré.

–Pero si pierdo... –Tom dejó la frase inconclusa–. Es todo el dinero que tengo. Yo... no puedo.

Empezó a alejarse, esperando las palabras mágicas.

–De acuerdo, muchacho –lo llamó el hombre–. Doble o nada.

¡Ja!, pensó Tom.

–Si gano yo –dijo el hombre–, me das tus cincuenta. Si ganas tú, te doy cien. Es una oferta insuperable. Arriégate.

Tom se volvió lentamente, tratando de contener la risa que subía por su garganta. El tipo ya estaría saboreando sus cincuenta dólares fáciles: había caído muy rápido. En la mayoría de los casinos había uno o dos jugadores que prácticamente vivían en los salones de RV y se sentían dioses, capaces de vencer a cualquier incauto que tuviera la mala suerte de adentrarse en su territorio. A Tom le encantaba el modo en que lo miraban: como si fuera un niño escuálido y estúpido al que podrían timar fácilmente. Pero más le gustaba ver cómo desaparecían esas sonrisas cuando los hacía puré.

Solo por seguridad, Tom siguió con su actuación. Hizo como que tenía dificultad para colocarse el visor.

–Está bien, acepto, supongo.

El hombre respondió con tono triunfante:

–De acuerdo.

Y arrancaron. Sus automóviles cobraron vida con un rugido y se lanzaron con furia por la pista. Mentalmente, Tom iba contando las vueltas con gran deliberación. Cometió algún que otro error intencional, nunca los suficientes para quedar demasiado relegado, sino solo para asegurarse de ir siempre detrás del otro auto. El hombre, lleno de confianza y seguro de ganar, hacía girar su volante con grandes movimientos como latigazos de sus manos enguantadas. Cuando apareció la línea de la meta y el auto del hombre se ubicó en el ángulo correcto, Tom esbozó por fin una amplia sonrisa.

Bastó un ligero toque de su guante. Su auto avanzó a toda velocidad y rozó el guardabarros del otro; luego aceleró a fondo. El hombre rugió de rabia e incredulidad cuando su vehículo se salió de la pista con una lluvia de chispas.

El auto de Tom cruzó la línea de llegada, mientras el otro se estrellaba y explotaba en la zanja, a un costado de la pista.

—¿Q-qué...? —balbuceó el hombre.

Tom se levantó el visor.

—Vaya. Creo que sí había jugado antes a esto —tiró de sus guantes para quitárselos—. ¿Quiere darme mi dinero?

Observó, fascinado, cómo una vena empezaba a hincharse y temblar en la frente del hombre.

—Pequeño... No puedes... eres...

—Entonces, ¿no va a pagarme? —Tom echó un vistazo como al pasar hacia la víctima reciente del hombre, que ahora estaba en un sofá cercano. El mal piloto de pronto se interesó en la conversación y Tom levantó la voz para que este pudiera oír cada palabra—. Parece que aquí nadie juega por dinero, ¿es así?

El jugador siguió la mirada de Tom hasta su víctima y comprendió la implicación: si no le pagaba a Tom, entonces el otro tampoco debería haberle pagado a él.

El hombre rezongó un poco como el motor de su auto destrozado, y luego sacó cien dólares de un fajo que tenía en el bolsillo. Los puso con fuerza en la mano de Tom, mascullando algo acerca de una revancha.

Tom contó los billetes, disfrutando plenamente la furia del sujeto.

—Si quiere la revancha, cuente conmigo. ¿Doble o nada otra vez? Me vendrían bien otros doscientos dólares.

El hombre se puso de un curioso tono escarlata, asumió su pérdida y huyó del salón. En cuanto al novato del sofá, agradeció a Tom levantando el pulgar. Tom retribuyó el gesto y luego guardó los billetes en el bolsillo. Cien dólares. Por lo general tenía que lograr apostar con varios jugadores

más para pagarse la noche de hotel (al fin y al cabo, en los simuladores de RV las apuestas eran bajas), pero en un sitio miserable como el Casino Dusty Squanto, cien dólares bastaban para una habitación.

La mente de Tom ya volaba pensando en la noche que le esperaba. Una cama. Un televisor. Aire acondicionado. Una ducha de *verdad*. Hasta podría volver allí a jugar *solo por placer*.

Justo al llegar a la puerta, tomó conciencia de algo horrible: estaba en un casino que tenía salón de RV.

No tenía absolutamente ninguna excusa para faltar a clase aquella tarde.

Tom se quedó en el salón de RV e inició una sesión en el simulador del Reformatorio Rosewood por primera vez en dos semanas. En los cuatro años que llevaba en Rosewood, nunca había faltado a clase tanto tiempo, y ya se había perdido la mayor parte del día. El solo hecho de ver en su visor el avatar de la profesora Falmouth y su pizarra virtual acabó con la satisfacción que le quedaba de su victoria.

De inmediato, la profesora puso su atención en él.

–Tom Raines –le dijo–. Gracias por honrarnos hoy con tu presencia.

–No hay de qué –respondió. Sabía que eso la fastidiaría, pero de todos modos ella no tenía una buena opinión de él que se pudiera arruinar.

A decir verdad, Tom faltaba mucho a clases. La mayoría de las veces no lo hacía a propósito, sino porque perdía el acceso a una conexión a Internet. Era otro de los riesgos de tener un padre apostador.

Su padre, Neil, solía ahorrar lo suficiente para pagar un techo y un poco de comida en la tienda de regalos. Pero algunos días le vaciaban por completo los bolsillos en las mesas de póquer. Esto ocurría con más y más frecuencia en los últimos años, a medida que la suerte lo abandonaba. Cuando Neil derrochaba el dinero que tenían y Tom no encontraba a ningún incauto que apostara contra él en los salones de RV, tenían que prescindir de pequeños lujos, como un cuarto de hotel. Acababan por dormir en un parque, en una estación de autobuses o en los bancos de la estación del ferrocarril.

Ahora, con la profesora Falmouth y toda la clase observándolo, Tom trató de inventar un pretexto que nunca hubiera usado para explicar por qué se había ausentado los últimos diez días. Había faltado tantas veces que en un par de ocasiones repitió excusas por error. Ya había mentido acerca de ir a los funerales de todos sus abuelos y hasta de un par de bisabuelos, y no podía volver a usar eso de “me caí en un pozo”, “me perdí en el bosque” o “me golpeé la cabeza y tuve amnesia” o hasta él mismo pensaría que era un imbécil sin remedio.

Esta vez intentó con otro pretexto:

—Hubo un ciberataque masivo a todos los salones de RV locales. Hackers ruso-chinos, ¿sabe? Vinieron del Departamento de Seguridad Nacional y entrevistaron a todo el mundo en un radio de quince kilómetros. Ni siquiera tuve acceso a Internet.

La profesora Falmouth sacudió la cabeza.

—No te esfuerces, Tom.

Él se dejó caer en un asiento, irracionalmente decepcionado. Esta mentira había sido buena.

En toda el aula, los avatares se rieron por lo bajo, como siempre. Se rieron de Tom, el fracasado que nunca sabía lo que había que hacer, que nunca entregaba su tarea, que ni siquiera era capaz de presentarse regularmente a una clase. Hizo caso omiso de sus compañeros y se entretuvo girando un lápiz; en RV, eso era más difícil de lo que la gente creía. Los sensores de la mayoría de los guantes estándar tenían un extraño período de retardo, y Tom pensó que afinar su destreza con ellos le sería de utilidad para los juegos.

Oyó un susurro a su lado.

—A mí sí me gustó tu excusa.

Tom le echó un vistazo indiferente a la chica que estaba a su lado. Seguramente había ingresado en las últimas semanas. Su avatar era una belleza de cabello castaño y unos increíbles ojos pardo-amarillentos.

—Gracias. Bonito avatar.

—Me llamo Heather —le sonrió—. Y esto no es un avatar.

No me digas, pensó Tom. No había gente con ese aspecto en la vida real, salvo que fueran celebridades. Pero asintió como si le creyera.

—Soy Tom. Y aunque no lo creas, esto —dijo, al tiempo que se señalaba a sí mismo como si estuviera orgulloso de lo apuesto que era— tampoco es un avatar.

Heather rio, porque el avatar de Tom era igual a él, con acné y miembros flacos incluidos. Sin duda, no era una imagen que alguien usaría para impresionar en línea.

La profesora Falmouth se volvió hacia ellos.

—Tom, Heather, ¿ya terminaron de interrumpirme o necesitan más tiempo para su conversación?

—Perdón —dijo él—. Ya terminamos.

Tom no se llevaba bien con la profesora Falmouth desde aquel primer día de clase, unos años atrás, en que él se había presentado bajo la forma de Lord Krull, del juego Celtic Quest. Le había gritado frente a todo el mundo por ser insolente, como si lo hubiera hecho para burlarse de ella. Simplemente le gustaba Lord Krull de Celtic Quest.

Desde entonces, Tom siempre aparecía en clase como él mismo. Trataba de no empezar nunca una sesión sin un avatar. Le parecía que había dejado atrás su verdadera piel al presentarse en Rosewood como el mismo Thomas Raines rubio y de ojos pálidos que seguía a su padre en el mundo real. No importaba que no creyera ni por un segundo que la chica sentada a su lado realmente tuviera el aspecto de su bello avatar, ni que Serge León, en el rincón del fondo, fuera demasiado tímido para tener un corpachón de un metro ochenta en la vida real. Probablemente era gordo y no llegaba al metro y medio.

Pero a la profesora Falmouth no parecían importarle. Siempre que Tom estaba presente, su radar se enfocaba en él.

—Nuestro tema es la guerra actual, Tom. A ver si puedes aportar algo a la clase. ¿Qué es un conflicto externalizado?

Sus pensamientos repasaron lo que había visto en los noticieros y en Internet: las naves peleando en el espacio, controladas por los combatientes ultrasecretos identificados solo por un *nickname*.

—Un conflicto externalizado es una guerra que se libra fuera de la Tierra, en el espacio o en otro planeta.

—Y el cielo es azul y el sol sale por el este. Necesito mucho más que lo que todos sabemos.

Tom dejó de jugar con el lápiz virtual y trató de concentrarse.

—En las guerras modernas no pelea la gente, porque las naves se manejan por control remoto desde la Tierra y son las máquinas las que se enfrentan. Si las máquinas ruso-chinas no acaban con las nuestras, nuestro país gana la batalla.

—Y ¿quiénes participan en el conflicto actual, Tom?

—Todo el mundo. Por eso la llaman Tercera Guerra Mundial —como la profesora Falmouth parecía esperar más, Tom empezó a contar los bandos principales con sus dedos virtuales—: India y Estados Unidos son aliados, y el bloque euroaustraliano está alineado con nosotros. Rusia y China son aliados, y tienen el apoyo de los estados africanos y la Federación Sudamericana. La Coalición de Multinacionales, las doce corporaciones más poderosas del mundo, está dividida entre los dos. Y... sí, creo que eso es todo.

Era prácticamente todo lo que sabía sobre la guerra. No estaba seguro de qué más esperaba la profesora Falmouth. Aunque quisiera, Tom no podía mencionar la lista de todos los países diminutos que estaban aliados con cada bando, y dudaba de que algún otro alumno pudiera. Había una razón por la cual Rosewood era una escuela-reformatorio: la mayoría de sus alumnos no encajaban en una escuela de verdad, de las que tienen edificio.

—¿Querrías explicar una característica notable de este conflicto externalizado, algo que lo diferencie de las guerras de otras épocas?

—No —arriesgó, esperanzado.

—En realidad, no era una pregunta. Responde.

Tom volvió a jugar con el lápiz. Así trabajaba la profesora Falmouth. Lo interrogaba hasta que a él se le acababan los datos, se equivocaba y quedaba como un idiota. Esta vez no la dejaría.

—No lo sé. Lo siento.

La profesora Falmouth suspiró como si no hubiera esperado otra cosa, y pasó a su siguiente víctima.

—Heather, parece que ustedes dos están haciéndose amigos. Ya que estás conversando en tu primer día de clase aquí, tal vez podrías mencionar alguna característica notable para que él se entere.

Heather echó un vistazo de reojo a Tom y luego respondió:

—Al librar las batallas en otro planeta y evitar hacerlo en la Tierra, resolvemos disputas por medio de la violencia, pero a la vez evitamos la mayor parte de las consecuencias de la guerra tradicional, como las heridas incapacitantes, las muertes humanas, la alteración de infraestructuras y la contaminación ambiental. Son cuatro características notables. ¿Quiere que mencione más?

La profesora se quedó callada unos segundos, quizá atónita por la facilidad con que Heather había respondido la pregunta.

—Eso basta. Muy... bien expresado. Los conflictos externalizados resultan prácticos no solo desde el punto de vista social, sino también desde el ecológico —caminó hasta la pizarra—. Me gustaría que todos ustedes pensarán algunas maneras en las que la naturaleza del conflicto ha cambiado las consecuencias que enfrentamos...

Heather aprovechó la oportunidad para susurrar a Tom:

—Disculpa, no quise meterte en problemas.

Él rio por lo bajo y sacudió la cabeza.

—No me metiste en problemas. Simplemente, es la manera en que la profesora me hace saber cuánto me echó de menos.

Sus guantes vibraron, indicando que alguien estaba haciendo contacto físico con su avatar. Tom bajó la mirada, sobresaltado, y vio la mano de Heather apoyada en su brazo.

—¿Seguro? —le susurró ella.

Tom se quedó mirándola, mientras la voz de la profesora Falmouth proseguía: “...conflictos exportados cumplen varios propósitos...”.

–Seguro –respondió, tan intensamente consciente de aquel contacto como si Heather estuviera a su lado también en la vida real.

La mano de Heather se deslizó por su brazo y se apartó. Volvió a apoyarla en el escritorio. Tom se descubrió preguntándose cómo sería ella en realidad. Su avatar ni siquiera parecía el de una chica del noveno grado... ¿Sería mayor que él?

–Con el armamento que utilizamos hoy en día –continuó la profesora Falmouth junto a la pizarra–, podríamos destruir la ionosfera, irradiar el planeta, evaporar los océanos. Al exportar nuestras guerras y pelear contra Rusia y China en Saturno, por ejemplo, en lugar de hacerlo en la Tierra, podemos resolver nuestros desacuerdos sobre la asignación de recursos sin las devastadoras consecuencias de la guerra tradicional, como acaba de explicar Heather. En otras épocas, la gente pensaba que la Tercera Guerra Mundial sería el fin de toda civilización. Hay una cita famosa de Albert Einstein: *“Ignoro con qué armas se librará la Tercera Guerra Mundial, pero la Cuarta se peleará con palos y piedras”*. Sin embargo, estamos en medio de la Tercera Guerra Mundial y lejos de terminar con la civilización.

Con un movimiento de sus dedos, la profesora Falmouth transformó la pizarra en una pantalla.

–Ahora quisiera tocar el tema de las Fuerzas Intrasolares actuales. Quiero que piensen en los adolescentes que están allá, decidiendo el futuro de nuestro país. Veremos un breve video.

Tom se incorporó en el asiento y observó cómo en la pantalla aparecía una vista exterior del Pentágono y la torre altísima que se elevaba desde el centro (la Aguja Pentagonal). Luego, se veía una sala de prensa donde había un muchacho conocido, sentado con un reportero.

Era Elliot Ramírez.

Tom volvió a desplomarse en el asiento. Detrás de él, Serge León exclamó, consternado:

—¡Otra vez ese tarado, no!

Elliot Ramírez estaba en todas partes. *Todo el mundo* lo conocía: diecisiete años, buen mozo, sonriente, representaba el futuro de la supremacía indoamericana en el sistema solar. Aparecía en avisos comerciales, en las carteleras de noticias, su sonrisa amplia resplandecía y sus ojos oscuros brillaban en las cajas de cereales, en los frascos de vitaminas, en las camisetas. Cada vez que en los noticieros se informaba sobre una nueva victoria indoamericana, lo entrevistaban para que contara cómo ahora era *seguro* que Estados Unidos iba a ganar. Y por supuesto, era el centro de los anuncios de interés público de Nobridis Inc., porque ellos lo patrocinaban. Elliot era uno de los jóvenes cadetes que controlaban las máquinas estadounidenses en el espacio exterior, uno de los patriotas dedicados a derrotar a la alianza ruso-china y a reclamar el sistema solar para los aliados indoamericanos.

—¿Cómo fue que le dieron el nickname “Ares”? —preguntó el reportero a Elliot—. Es el dios griego de la guerra, según entiendo. Eso dice mucho de su destreza en el campo de batalla.

Elliot rio, enseñando sus dientes blancos.

—No lo elegí yo, pero supongo que mis compañeros pensaron que así debía llamarme. Me rogaron que lo aceptara. No podía negarme a la petición de mis hermanos en armas.

Tom rio. No pudo contenerse. Varios avatares femeninos se dieron vuelta para hacerlo callar.

La imagen en la pantalla dio paso brevemente a una batalla en el espacio: una nave con la marca “Ares” volaba hacia una masa dispersa de naves, y abajo apareció la leyenda “La batalla de Titán”. La voz del periodista siguió hablando por encima de la imagen:

—...mucha atención estos últimos años, señor Ramírez. ¿Qué piensa de la fascinación que el público siente por usted?

—A decir verdad, no me considero un gran héroe, como tanta gente me ve. Las que pelean en el espacio son las máquinas; yo solo las controlo. Se podría decir —y aquí volvió a aparecer la imagen de Elliot justo cuando guiñaba un ojo a la cámara— que no soy más que un chico al que le gusta jugar con robots.

Tom siempre recordaba la única entrevista a Elliot Ramírez que había visto antes de esta. Su padre estaba con él en la habitación del hotel, y había insistido en ver la entrevista completa varias veces, porque estaba convencido de que el famoso chico no era una persona de verdad. Se negó a cambiar de canal hasta haber convencido a Tom de eso.

—No es un muchacho. Es una simulación computarizada —había declarado Neil.

—Hay gente que lo ha visto en persona, papá.

—¡Ningún ser humano actúa así! Mira cómo parpadea puntualmente cada quince segundos. Tómale el tiempo. Y mira eso: cada vez que levanta las cejas, lo hace hasta la misma altura. Cada vez. Y esa sonrisa, también. Siempre del mismo ancho. Es una simulación de un ser humano generada por computadora. Te lo garantizo.

—Entonces, ¿con quién habla la reportera?

—Ella también participa del engaño. ¿De quién son los medios dominantes? ¡De las corporaciones!

—Correcto. Entonces supongo que las compañías de cereales están poniendo a un chico falso en sus cajas, y Nobridis, el patrocinador que menciona cada vez que lo entrevistan, también está paseando por todos los canales a un chico a quien jamás conoció en persona, ¿eso crees? Y cada senador y cada famoso que se tomó una foto con él... ¿acaso lo insertaron digitalmente? Ah, y no te olvides de toda esa gente en Internet que afirma tener su autógrafo... ¿Acaso todos ellos también participan del engaño?

Neil empezó a esparcir saliva al hablar.

—Tom, te digo que ese chico no es una persona de verdad. Así trabaja la oligarquía corporativa. Quiere una cara bonita que la haga aceptable

para las masas. Un ser humano de verdad es imprevisible. Si creas un ser humano generado por computadora para representar a tu organización, entonces tienes todo el control de esa representación. Es lo mismo que un logo, una figura de acción, una insignia.

–Y tú eres el único en todo el mundo que se dio cuenta de eso...

–¿Acaso crees que este pueblo de ovejas va a cuestionar la corporatocracia? Están todos demasiado ocupados cumpliendo su deber patriótico, des-tripando a su propio país con tal de aportar fondos para una guerra que decidirá cuál CEO de qué Coalición va a comprarse el yate más grande este año. ¡Abre los ojos, Tom! No quiero que un hijo mío crea en la propaganda del poder.

–No es así. No les creo –había protestado Tom.

Quería que su papá tuviera razón. De verdad. Incluso ahora observaba a Elliot, buscando en él algo falso y simulado por computadora, pero no vio más que a un chico insípido enamorado locamente de sí mismo, que se reía demasiado de sus propios chistes.

–¿Qué mensaje le gustaría dejarles esta noche a los televidentes, señor Ramírez?

–Quiero que sepan que los chicos que estamos en la Aguja Pentagonal no estamos haciendo un gran sacrificio. ¡Salvar el país es divertido! Son ustedes, los estadounidenses que pagan sus impuestos, quienes mantienen la fuerza de la lucha por nuestra nación. Y gracias a Nobridis Inc., la alianza indoamericana es más...

–*Salvar. El. País* –la profesora Falmouth apagó el video cuando Elliot empezó a promocionar a Nobridis–. La próxima vez que piensen que tienen demasiada tarea, quiero que piensen en el peso que lleva este joven sobre sus hombros. Elliot Ramírez está allá, forjando el futuro de nuestra nación, consiguiendo los recursos del sistema solar para nosotros, y no lo oyen quejarse, ¿verdad?

Sonó el timbre en la simulación. La profesora Falmouth ni siquiera alcanzó a despedirse de ellos. Los alumnos empezaron a cerrar sus sesiones.

Normalmente, Tom era de los primeros en salir. Pero esta vez no lo fue, porque justo cuando levantaba la mano para quitarse el visor de RV, Heather le habló.

—¿Ya te vas?

Parecía decepcionada. Tom volvió a bajar la mano.

—Todavía no.

Heather acercó su escritorio hasta que quedaron sentados muy juntos. A pesar de sí mismo, Tom sintió que le sudaban las manos dentro de los guantes con sensores.

—¿Puedes creer a ese Elliot Ramírez? —preguntó Heather, apartándose el cabello oscuro de los ojos—. Tiene el ego tan grande que parece que va a reventar, ¿no? Me daba ganas de agacharme para esquivar la explosión.

—No puedo creer que seas una chica de verdad y no estés enamorada de Elliot Ramírez —dijo Tom, con apreciación. Y entonces se le ocurrió algo: tal vez ella ni siquiera fuera una chica de verdad. Por lo que sabía, bien podía ser un tipo con un modificador de voz que había hackeado la señal de la escuela.

—Digamos que creo saber lo suficiente sobre él como para no creer todo lo que dicen.

Había algo esquivo en la voz de Heather, que hizo que Tom se preguntara si se había perdido algún chiste. No pudo resistir la tentación de preguntarle:

—¿De verdad eres una chica?

—¡Por supuesto que soy una chica!

—Bueno, pues no lo creeré hasta que te vea.

—¿Esa es tu manera de invitarme a chatear con video? —bromeó Heather. A Tom no se le había ocurrido hacer eso. Rápidamente se recuperó de la sorpresa.

—¿Sí?

Heather enroscó un mechón de su cabello oscuro en un dedo.

—Bueno, al fin y al cabo esta es una escuela virtual —respondió, con timidez—. ¿Un videochat será la versión Rosewood de una cita?

Tom abrió la boca y volvió a cerrarla. No parecía que ella detestara la idea.

—¿Quieres que lo sea?

Heather sonrió.

—¿En qué dirección de la red estarás mañana, Tom?

A él le costó concentrarse en darle su dirección, y le prometió que al día siguiente estaría exactamente ahí. No le importaba que la cita fuera a una hora obscenamente temprana, dos horas antes de clases. Heather le dijo que era por el huso horario en que se encontraba. Tom decidió que se quedaría despierto toda la noche, si era necesario. Sentía vértigo en la mente. Tenía una cita... o algo así. Con una chica real, viva... o al menos, eso esperaba.

Cuando Heather cerró su sesión, él se quedó parado junto a su escritorio (aunque en realidad seguía sentado inmóvil en el sofá del salón de RV), con la mirada fija en el espacio vacío donde había estado ella. En su cerebro aún palpitaba la enormidad del hecho de haber invitado a una chica a salir por primera vez y que *además* la chica hubiera aceptado. Y pensar que él había creído que sería un día como cualquier otro...

Alguien se aclaró la garganta.

De pronto, Tom reparó en que los únicos que quedaban en el aula virtual eran él y la profesora Falmouth.

—Ya iba a desconectarme —se apresuró a decir, y en el mundo real levantó la mano para quitarse el visor.

—Todavía no, Tom. Quédate un momento. Creo que tenemos que hablar. Oh.

Una pesadez se instaló en el pecho de Tom, porque había visto venir esto, y no era bueno.

—Vayamos a mi oficina.

La profesora Falmouth hizo un movimiento con los dedos para alterar el programa, y el entorno se convirtió en una oficina privada. Ella se acomodó de un lado del imponente escritorio. Él se dirigió al asiento ubicado

del otro lado y esperó alguna pista acerca de lo que ella necesitaba oír esta vez para absolverlo.

–Tom –dijo ella, juntando las manos sobre el escritorio–, me preocupa tu falta de asistencia.

Tom suspiró.

–Eso supuse.

–Te derivaron a esta institución porque, de alguna manera, tu padre te dejó llegar a los once años sin haberte inscrito en la escuela. Hemos tratado de ponerte al día, pero no me parece que estés progresando tanto como el resto del grupo. De hecho, tomando en cuenta que muy raras veces vienes a clase, esta situación se está volviendo inmanejable.

–Tal vez necesito una escuela alternativa –sugirió Tom.

–Esta *es* una escuela alternativa. Es el final de la línea.

–Me estoy esforzando.

–No, no es cierto. Y es más: tu padre tampoco lo hace. ¿Te das cuenta de que la semana pasada te perdiste dos pruebas y una redacción sobre historia?

–No pude evitarlo.

–Por los hackers ruso-chinos, ¿verdad? ¿O tal vez volviste a caer como rehén de unos terroristas o te llevó el mar y fuiste a parar a una isla desierta sin acceso a Internet?

–No del todo –respondió, pero le gustó mucho esa excusa para usarla en el futuro.

–Tom, no estás tomando esto en serio, y ese es el problema. Esto no es un juego tonto: estamos hablando de tu futuro, y tú lo estás tirando a la basura por completo. Hace un mes me prometiste que nunca volverías a faltar a clase. –El avatar de la profesora Falmouth lo contemplaba con una intensidad poco natural, sin parpadear–. Firmamos un contrato de enseñanza, ¿recuerdas?

Tom no señaló que ella lo había *obligado* a prometer que no volvería a faltar. ¿Qué había esperado que le dijera? ¿La verdad? ¿Acaso debería

haber admitido directamente que era probable que no apareciera por la escuela? Ella habría vuelto a gritarle por ser “insolente”.

–No se trata de mí –prosiguió la profesora Falmouth–. Ni siquiera de tu padre: se trata de ti, Tom. Te darás cuenta de que cualquier medida que yo tome en adelante, será por tu bien. No puedo quedarme cruzada de brazos y dejar que la vida de un chico de catorce años sea sabotada por un padre irresponsable que ni siquiera se asegura de que tenga una buena educación.

Tanto en la simulación como en el salón de RV, Tom se incorporó en su asiento.

–¿Qué quiere decir con “cualquier medida que tome en adelante”?

–Significa que estás obligado por orden judicial a asistir a la escuela, y no lo haces. La semana pasada informé de tus ausencias al Servicio de Protección al Menor.

Tom se dejó caer contra el respaldo, como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago. Esto no iba a terminar bien. Tal vez no estaba alcanzando un gran nivel de rendimiento con Neil, pero la vida bajo tutela tampoco sería una tierra de esperanza y oportunidades.

Y no podía ni pensar en vivir con su madre.

Jamás, de ninguna manera.

Dalton, el novio de su madre, mantenía el apartamento elegante donde ella vivía, en la ciudad de Nueva York. Tom la había visitado una vez, una sola vez, y lo había conocido. Dalton Prestwick era un ejecutivo rico, de los que tienen yates, que trabajaba para una gran multinacional, Dominion Agra. Se dedicaba a vigilar el cumplimiento de derechos de propiedad intelectual, o algo así.

El hombre lo había mirado como si Tom fuera algo asqueroso que se le hubiera adherido a la suela de sus zapatos de cuero y le había dicho: “Mis abogados han inventariado todos los objetos de valor que hay en esta casa, mocoso. Apenas falte algo, te enviaré al reformatorio”.

Ah, y Dalton ya tenía esposa. Y otra novia. Además de la madre de Tom.

—No tengo adónde más ir, profesora Falmouth. Sé que usted cree que me hace un favor, pero no es así. Se lo juro.

—Tienes catorce años. ¿Qué piensas hacer dentro de un tiempo, cuando necesites ganarte la vida? ¿Piensas ser un apostador vagabundo, como tu padre?

—No —respondió Tom enseguida.

—¿Un *jugador* vagabundo?

Tom no estaba seguro de cuánto sabía la profesora Falmouth acerca de sus actividades en los juegos, pero no dijo nada. Si ella le hubiera preguntado a qué pensaba dedicarse, quizá le habría respondido exactamente eso: le habría anunciado que algún día se ganaría la vida del mismo modo en que lo hacía ahora.

Aunquela idea de vivir siempre así, de no llegar a nada...

La idea de convertirse en su padre...

De pronto, Tom se sintió un poco mareado y las entrañas se le contrajeron, como si estuviera a punto de vomitar.

La profesora Falmouth se recostó contra el respaldo de su silla.

—Estás compitiendo en una economía global. Uno de cada tres estadounidenses está desempleado. Necesitas educación si quieres llegar a ser ingeniero, programador o algo que sirva a la industria militar. También si quieres ser contador o abogado. Y necesitas contactos si deseas trabajar para el gobierno o para alguna corporación. ¿Quién crees que va a contratar a un joven como tú, habiendo tantos candidatos mejor preparados, desesperados por encontrar un empleo?

—Faltan años para eso.

—Supón que es mañana. ¿Qué vas a hacer de tu vida? ¿Para qué cosas eres bueno?

—Soy bueno para...

Se interrumpió.

—¿Para qué?

No se le ocurría otra cosa, así que lo dijo.

–Para los juegos.

Las palabras quedaron flotando en el aire entre ellos y, de pronto, a Tom le sonaron inmensamente tristes.

–Igual que tu padre, Tom. Y ¿dónde está él ahora?